

942
F
F 1213

B 42

—♦♦♦—
*Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley*
—♦♦♦—

EL
CAPITÁN RUPERTO CASTAÑOS

CAPÍTULO PRIMERO

El Puente de Calderón

La guerra de independencia formó en México una población que hoy se halla diseminada y aislada por sus costumbres y sus recuerdos, de la sociedad, cuya causa defendió tan valerosamente en otro tiempo. Los *guerrilleros*, los aventureros de todas clases componían aquella población excepcional. ¡Feliz el viajero que encuentra hoy en su camino algunos de esos hijos

perdidos de la revolución mexicana! Sus narraciones dan una nueva luz sobre una de las épocas, sin duda, más curiosas de la historia contemporánea de Nueva España. Siempre que he podido preguntar á esos veteranos de las grandes luchas de 1810, he recogido revelaciones, he oído relaciones que nunca se han borrado de mi memoria. Entre esos viejos soldados de la Independencia, hay uno sobre todo en quien parecen haber encontrado su personificación, todos los instintos aventureros, todas las pasiones exageradas del ejército insurgente de México. Me refrieron su vida en el mismo teatro de las campañas de 1810 y 1811, y las aventuras que me pusieron en relación con el capitán Ruperto Castaños son verdaderamente un digno prelude á las relaciones que siguen. Así, pues, no separaré de los romanescos recuerdos del antiguo partidario los incidentes, las escenas de viaje, en medio de las cuales se desarrolló ante mi vista aquella extraña existencia.

Entre México y Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y á unas cuantas leguas de esta última ciudad, se extiende un llano en donde se dió la batalla más sangrienta que tal vez haya puesto frente á frente á los defensores de la independencia mexicana y á los sucesores de los héroes de la conquista. Un torrente

atraviesa de Este á Oeste aquel punto árido, y va á perderse, después de un curso de tres cuartos de legua, en el río Tololotlán. En aquel torrente hay un puente de piedra, formado de un solo arco; es el puente y el río de Calderón. El susurro de las aguas que corren profundamente encajonadas entre dos orillas cortadas á pico, el grito de las águilas, el sonido de las hierbas secas que cubren el terreno, son los únicos ruidos que turban hoy el silencio de aquel extenso campo, en donde combatieron cien mil hombres, desde que salió el sol hasta que se puso, por la independencia de su país. Á pesar del interés que ofrece el llano de Calderón por semejante recuerdo, muy pocos son los viajeros que allí se detienen, y la mayor parte de ellos atraviesan aquel punto apresuradamente. Otros recuerdos, muy diversos de los históricos, hacen nacer la vista de aquellos tristes lugares, y más de un encuentro desagradable señala los bordes del torrente de Calderón á la justa desconfianza de los viajeros que llevan un bagaje regular. En cuanto á mí, que tenía la felicidad de no ser de los últimos, me había propuesto al salir de México, recorrer y estudiar con el mayor detenimiento el teatro de una batalla tan memorable, y resolví detenerme, antes de llegar á Guadalajara, en

uno de los *jacales* que aparecen diseminados á las orillas del torrente, y no tuve motivo para arrepentirme de haber ejecutado semejante proyecto.

Había llegado al llano de Calderón, después de una penosa jornada. Me dirigí resueltamente hacia una cabaña, situada no lejos del puente. El dueño de aquella humilde habitación me ofreció cena para mí y para el criado que llevaba, así como una poca de *pastura* para nuestros caballos y un tinglado que hiciese veces de caballeriza. No necesitábamos otra cosa, y después de haber echado pie á tierra, sin ocuparme por más tiempo de los preparativos de nuestra instalación, me dirigí al llano que me propuse visitar, entretanto preparaban nuestra cena.

El primer monumento de la batalla de Calderón se presentó á mi vista á algunos pasos del *jacal* en donde estaba posado; fué una especie de *túmulo* grosero, á cuyo lado se elevaba un *mezquite*, excesivamente viejo. En el *túmulo* y en las mismas raíces del árbol, se hallaban plantadas muchas cruces pequeñas, en memoria de las numerosas víctimas de la crueldad española. Proseguí mi camino, y á poca distancia me encontré en medio del campo donde se habían batido los dos ejércitos. Antes de abandonar la capital de México,

había leído algunas relaciones, escritas en español, de las últimas revoluciones del país. (1) Bajo la impresión que había dejado en mi memoria la lectura reciente de aquellos libros, recorrí el campo de batalla en donde tan intrépidos adversarios ó defensores de la dominación de Madrid en Nueva España, habían encontrado su tumba. En el teatro mismo del drama, recordé, sin trabajo, las principales peripecias y los héroes que habían combatido. La guerra de la independencia mexicana duró diez años, como el sitio de Troya, y la batalla de Calderón debe considerarse como uno de los episodios más notables de esa larga epopeya, que espera aún á su Homero. Nada faltó á aquella lucha: españoles é insurgentes afrontaron la muerte con la misma audacia. Por parte de los mexicanos, la superstición reanimó más de una vez el valor de los combatientes. La efigie de la *Virgen de los Remedios*, con traje de generalísimo, caminaba á la cabeza del ejército independiente. Los sacerdotes de todas clases eran generales y coroneles. Un cura, cuyo nombre es célebre, Hidalgo, ejercía sobre aquellas masas fanáti-

(1) Entre estas relaciones, las más curiosas son, sin contradicción, las de D. Carlos María Bustamante: *Cuadro Histórico*, y las del Dr. Mora: *México y sus revoluciones*. — N. del A.

cas un poder casi dictatorial. A su lado marchaban, como valientes capitanes, Allende, Aldama y Abasolo; en el ejército de los españoles se hallaban en primera línea el implacable general Calleja y el fogoso conde de la Cadena; por ambas partes, los jefes eran superiores. Sin embargo, la disciplina debía obtener ventajas sobre el desorden, y seis mil españoles, acostumbrados á los rudos trabajos de la guerra, derrotaron á cien mil mexicanos, lanzados en confusa mezcla al combate por jefes muy poco experimentados.

Hay pocas familias españolas ó mexicanas, á las cuales el terrible aniversario del 17 de Enero de 1811, fecha de aquella batalla, no traiga á la memoria una pérdida dolorosa. El conde de la Cadena es una de las víctimas más célebres de aquella jornada. Arrastrado por uno de esos furors implacables, que despierta sólo la furia de un prolongado combate, el conde se arrojó con doce dragones en persecución de los mexicanos fugitivos. No lo vieron volver, y se reconoció su cadáver entre los que llenaban el llano. Nadie se había precipitado al encuentro de los insurgentes con más fogosidad. Los jefes mexicanos hicieron frente á aquel terrible adversario con un valor digno de mejor suerte. En una de las eminencias, desde donde abra-

zaba mi vista el teatro de la batalla, hasta sus últimos límites, se había mantenido Hidalgo durante la acción y dirigido todos los movimientos de su tumultuoso ejército. Allí era adonde sus capitanes iban á tomar sus órdenes, mientras cien piezas de artillería descargaban sobre los españoles; allí fué también donde la noticia de una derrota inesperada sorprendió al intrépido cura, convertido en generalísimo. ¿Cuáles habían sido, durante el combate, los pensamientos de aquel hombre extraño? ¿Eran los de un padre, en cuyo corazón resuenan dolorosamente los golpes dados á sus hijos?.. ¿ó los de un general que arriesga al juego de una batalla las más caras esperanzas de su vida?.. La doble responsabilidad del pastor y del jefe del ejército se había sin duda revelado en aquel momento al alma del sacerdote rebelde, y había castigado su orgullo con dobles tormentos. Su voz era la que había lanzado en el llano á tantos millares de hombres armados de hondas y flechas; por su orden, las cien piezas de artillería habían sido conducidas desde los puntos más distantes de México hasta el pie de aquellas colinas, sucesivamente ocupadas y abandonadas por los insurgentes y los españoles. (1) Diez y seis meses antes de

(1) Entre las cien piezas de artillería que siguieron al

la batalla de Calderón, Hidalgo no era más que cura de Dolores, obscuro pueblo situado á pocas leguas de Guanajuato; Allende era capitán de un regimiento español. ¿Á qué fatalidad obedecieron, pues, cuando en la noche del 16 de septiembre de 1810, lanzaron el primer grito de independencia en el pueblo de Dolores? ¿Y cómo explicar ese delirio revolucionario que, á la voz de Hidalgo, se había propagado con la rapidez del incendio que produce una antorcha arrojada entre hierbas secas en una sabana?.. ¿No había alguna cosa milagrosa en aquel ejército de cien mil hombres, reclutados en pocos días, por dos ó tres jefes resueltos? ¿Qué cambio de fortuna y qué expiación tan cruel, después de triunfos tan brillantes! Por tres veces en Calderón, pareció declararse la victoria por los insurgentes; por tres veces se les escapó, y la explosión de un carro con municiones, introduciendo el desorden en sus filas, concluyó, en fin, su derrota. Algunas de aquellas partidas, mandadas por Allende y Abasolo,

ejército insurgente, había algunas que, arrancadas de los arsenales de San Blas, á las orillas del Océano Pacífico, habían recorrido un espacio de doscientas leguas, atravesando caminos impracticables, sin más medios de transportes que los hombros de millares de hombres, con cuyo sudor, dice un historiador, se regaba materialmente la tierra. — N. del A.

podieron verificar una honrosa retirada, y se encontraron dispuestas para nuevos combates; sin embargo, la pérdida de las tropas insurgentes fué muy considerable. No hubo, según el parte oficial, una sola bayoneta española que no estuviese enrojecida con la sangre mexicana. Como en todas las guerras civiles, la carnicería que siguió á la batalla fué terrible.

La mayor parte de los jefes del ejército vencido en Calderón tuvieron un fin muy triste. Hidalgo, Allende, Aldama, recibieron la muerte en el cadalso en Chihuahua. Los restos de Abasolo, el caballeroso insurgente, reposan en el fondo de un calabozo. Torres el *vaquero*, convertido en jefe del ejército, fué ignominiosamente ahorcado en Guanajuato, y su cuerpo desuartizado fué expuesto en cuatro puntos de aquella ciudad, en donde la momentánea clemencia de los españoles indultó á todos sus cómplices. Otros partidarios más felices se escaparon de los desastres de la batalla; algunos hasta llegaron al poder; ¡pero cuántos soldados oscuros, cuántos héroes ignorados habían perecido entre la multitud! En el instante en que este triste pensamiento se ofrecía á mi memoria, el sol estaba á punto de ocultarse. El murmullo del torrente, el estremecimiento de las ramas agitadas por

el viento, todos los melancólicos rumores de la soledad se me presentaban más tristes; más solemnes que de costumbre. Comprendí que era necesario sacudir las penosas impresiones que me obsediaban, y tomé el camino de mi posada.

La cabaña, que había dejado desierta hacía cosa de una hora, se había llenado rápidamente durante mi ausencia. Media docena de dragones mexicanos, que se reconocían fácilmente en sus uniformes rojos y en sus capas amarillas, habían atado sus caballos al tronco del mezquite, rodeado de cruces de madera, y mientras los dientes de sus cabalgaduras trataban de arrancar del árbol seco algunos trozos de su corteza, los soldados descansaban, bebiendo en la puerta de la cabaña. El polvo que cubría los caballos atestiguaba que habían hecho una larga jornada. Aquellos hombres de rostros tostados y con sus trajes brillantes formaban un grupo pintoresco. Me parecía que el llano desierto de Calderón acababa de volver á la vida á algunos de los salvajes guerreros á quienes había servido de tumba.

— ¿Tenemos seis convidados de más? pregunté al dueño de la cabaña, entrando en ella. Mi pregunta descubría una inquietud que demostraba más clara-

mente la mirada que dirigí á la mesa, en la que nada indicaba que se hubiesen ocupado de los preparativos de la cena.

— ¡Eh! no, señor, respondió el propietario. Estos dragones están esperando que descansen sus caballos, y se pondrán en camino antes de media hora para la *Barranca del Salto*, adonde van á dormir, si es que puede dormirse en ese maldito lugar.

El dueño de la cabaña acompañó estas últimas palabras persignándose devotamente. Por primera vez sorprendía en México una de esas supersticiones tan comunes en nuestros países, é iba á aventurar sobre el particular algunas preguntas, cuando una voz fuerte atrajo la atención del propietario. Casi al mismo tiempo un viajero impaciente abrió la puerta y lanzó hasta el centro de la cabaña un brioso caballo, negro como el ébano.

— ¡Hola! *patrón*, ¿no tiene algunas provisiones reservadas para un viajero hambriento?

Dirigí á aquella inesperada visita la misma mirada, y con el propio disgusto con que antes la había dirigido á los seis dragones. Á la luz de la hoguera que alumbraba la cabaña, pude reconocer á un hombre de cosa de cincuenta años, alto y vigoroso, de piel mo-

rena, con unos ojos vivos y brillantes, unos bigotes enormes subían hasta sus orejas, una cicatriz mal encubierta por la falda de su sombrero, partía de su ojo izquierdo y llegaba hasta las barbas. La fisonomía de aquel personaje expresaba bondad y franqueza; había en sus movimientos y en su acento una aspereza verdaderamente militar.

— Si no quiere usted más que *frijoles, chile y cecina* y los restos de una polla, puede pasar adelante, respondió el dueño de la cabaña.

— ¡ *Con mil diablos!*.. exclamó el recién llegado, precisamente son mis tres platos predilectos, y por lo mismo me detengo aquí.

El desconocido hizo retroceder su caballo con asombrosa destreza, hasta que pasó el umbral de la cabaña; en seguida saltó en tierra, ató al animal á uno de los añosos árboles que formaban enfrente de la cabaña una especie de alameda, y entró, llevando debajo del brazo un magnífico *zarape del Saltillo*, que colocó en un rincón. En seguida se quitó las espuelas, desabrochó el cinturón que sostenía un machete, especie de cimitarra muy ancha, y se sentó á mi lado en un banco de encino, colocado delante de una mesa, ennegrecida por el humo.

— ¿Es usted de mi opinión con respecto á la cena? me preguntó después de haberse sentado.

— Sí; sólo tengo algunos escrúpulos en cuanto á la edad de la gallina.

— ¡ Bah!.. con buenos dientes, no debe temerse, respondió mi comensal. Y la sonrisa que entreabrió sus labios, descubrió dos hileras de dientes capaces de pulverizar hierro. ¡ Hola!.. amigo, continuó volviéndose hacia uno de los dragones que se hallaban en la puerta de la cabaña, ¿ quiere usted sentarse, tomar un trago conmigo, y decirme por qué motivo andan ustedes por estos rumbos á una hora tan avanzada?

— Un escuadrón de nuestro regimiento está de guarnición por algunos días en el pueblo de Zapotlanejo, y nuestro capitán nos mandó que fuéramos á acampar esta noche á la *hacienda* arruinada, que se halla á un lado de la *Barranca del Salto*.

— ¡ La *Barranca del Salto!* dijo el desconocido con un movimiento de sorpresa; ¿ y es esto todo lo que ustedes saben sobre el objeto de la expedición?

— Sólo sé, contestó el soldado, que otros seis destacamentos, formados de seis hombres cada uno, marchan por diversos puntos, con el fin de rodear las inmediaciones de Guadalajara: es todo lo que puedo